

boop
el verano nos habita

No se si ustedes también lo notaron, al andar por la calle, al caminar por la noche, al cruzarse con la vecina o el vecino. Algo está cambiando. No por cíclico pierde importancia, no por esperado mengua su impacto. La noticia es que ya está aquí el verano. Cada quien tiene un modo de descubrirlo, en pequeños instantes de iluminación o con una ráfaga, como el satori de que presumen los japoneses. Una mañana el pullover sobra, al mediodía la visita del viento se agradece, la tarde se prolonga en una terraza junto al mar y por la noche las muchachas. Éste es el punto clave, con el que damos por inaugurado el verano personal, las muchachas. Se iluminan. Por una razón lógica cambia la vestimenta, aparece la piel que enciende, las miradas se independizan de uno y se van, por aquí y por allá, detrás de todas. Todas ganan. En belleza, en amabilidad, en sensualidad. Queriendo localizar la chispa, y aunque hay versiones que deducen otros rumbos, aparece en el pecho, sospechosamente cerca del corazón. Es un pulso, una cosquilla, un ahogo que no se puede prever, que ataca a traición y que nos quita las pocas armas que nos había dejado el invierno. Pero la sensación es inigualable, lo más cercano a la vida que nadie es capaz de experimentar. Personalmente, escapo de los científicos, que hablan de instinto de conservación de la especie, de estructuras moleculares, de naderías inconsistentes, que difícilmente sean capaces de explicar sin recurrir a su críptico lenguaje. Y, puestos en el trance, sucumbirían ante el mismo andar sinuoso y las mismas piernas que uno. Al fin y al cabo, la sensualidad nos hermana, la sexualidad nos une y Eros, desde lo alto, nos mira complacido. El verano nos habita. Hay que prepararse, porque la temperatura sube; hay que tener a mano vino, aromas y músicas, dejar con la ropa de abrigo el prejuicio, la inhibición y el desapego, que si las noches pasan sin nadie, no se quedan; y esta es mejor que la próxima, porque es verdadera.